

EN TORNO A LA CREACION MUSICAL

Por RODOLFO A. GONZALEZ LEBRERO

Frente a la moderna creación musical de avanzada, al pretender adoptar una postura crítica honrada, debemos ubicarla en función de nuestro tiempo, aunque ello sirva sólo para comprenderla o justificarla. La aceptación de la música contemporánea es asunto aparte; la justificación como resultante más o menos natural del esquema presente del mundo, es producto de un acto intelectual ajeno a la necesaria comunicación emocional que nos induce a reconocer en determinada música la presencia de valores estéticos.

La música, como todo otro arte, se da en cierto lugar y en cierto tiempo, influenciada por los principios y cambios filosóficos, políticos, sociales, económicos que afectan al individuo y a la sociedad en que vive; es obra del hombre y sigue su suerte.

El siglo XVII, y en gran parte el siguiente, fue dominado por un racionalismo y un absolutismo que encerraron la creación musical en rígidos moldes formales, en obras reservadas al alcance y comprensión de minorías palaciegas. Rompiendo esa inflexibilidad clásica, y paralelamente a desarrollos revolucionarios, el movimiento romántico, apartándose de la sistematización precedente y acercándose al nivel popular, brindó un nuevo programa sonoro de íntima penetración. Aunque discutido y resistido en su momento, el romanticismo adquirió carta de ciudadanía y constituyó una etapa excitante de la historia musical.

Nuestro tiempo, rico en progresos, inquietudes y penurias, encuentra sus características en la angustia como nota distintiva de la personalidad, y en la técnica como factor preponderante, sino absoluto, en el control y conducción de la actividad toda, y así nuestro tiempo nos produce, entonces, el atonalismo, en un neurótico esfuerzo por reproducir cuanto vibración circula con el torbellino multitudinario que nos envuelve, proclamando el fracaso de la tonalidad y de la armonía, y las así llamadas música electrónica y concreta, como última consecuencia de la imbecuencia prepotente de la técnica en la vida emocional.

Pero, ¿todo esto es definitivo?, ¿en acaso música? Ciertamente no y ciertamente sí.

Todo individuo y todo pueblo tienen una vida emocional, en la que se reconocen un potencial y una actitud; el primero nos da la intensidad, la temperatura emocional, la segunda, la calidad, el concepto. Ligados sin remedio al existir de los individuos y los pueblos, ambos factores los acompañan en su devenir, sujetos a los cambios bruscos y a las transformaciones progresivas. Pero siempre hay un cierto retardo; la emoción es conservadora, y esta misma resistencia que hoy tenemos frente al dodecafonismo, por ejemplo, la tuvieron nuestros lejanos antepasados frente a Beethoven y nuestros abuelos frente a Wagner. Sin embargo la ruptura es ahora mayor porque el ser humano, que es equilibrio por excelencia, no puede aceptar, a cambio del abandono emocional que implica la música auténtica, la sosebra, el movimiento sin reposo, la fatiga, toda vez que en su vida no emocional lucha precisamente contra esos enemigos de cada día, que atacan contra su presente y su proyección futura.

La creación musical es un fenómeno cultural, resultante del juego armónico de varios elementos: el genio del compositor como ingrediente básico, pero influenciado y hasta condicionado por la presencia invisible de factores diversos dentro de los cuales se acomodan en primera fila los valores estéticos. La composición sólo es posible y auténtica cuando en la estructura emocional del autor se introduce una nueva experiencia un estímulo, que reemplaza la rutina emocional por una tensión vibratoria; surge así la idea musical, como recurso de liberación y expresión, como realización de la personalidad del compositor.

Pero la obra, como ya lo hemos dicho, se da en un tiempo y en un lugar ciertos; de ahí que no pueda prescindirse de un sutil formalismo que enmarca y hasta contribuye a producir el pensamiento musical, y que es consecuencia de todos los factores condicionantes de la vida emocional del creador y del contemplador. El primero debe componer, esto es, disponer organizadamente de sonoridades concretas en un sistema adecuado al estadio histórico en que se produce, con el efecto inmediato de ponerlo al alcance del oyente. Esto no significa, sin embargo, someter apriorísticamente los sonidos a un ordenamiento rígido e intocable. Frente a sí misma la obra debe seguir las reglas de la creación; debe en su desarrollo objetivo responder al desarrollo subjetivo de la vida emocional del creador, a la trayectoria de la idea musical; frente al espectador, para lograr y mantener su vigencia, debe adaptarse y reconocer al momento histórico en que se presenta.

La música, como instrumento superior de comunicación, tiene que provocar entre el oyente y el compositor, una comunión a través de la obra como complejo estético; cuando el autor recita su dictado interior en un lenguaje exclusivo, inaccesible al contemplador, cuyo diapason emocional no se altera por falta de estímulo, la obra carece de valor al no brindar, por su extremo subjetivismo, el placer equilibrado y casi mágico de la música, que enseña el camino del Amor.

Músicos hay que escriben obras que ya fueron en cierto sentido escritas, que pertenecen a un pasado ya superado, mientras otros compo- nen para lo futuro utilizando formas y materiales sonoros revolucionarios; unos pecan por defectos y otros por exceso, pero todos con la buena fe de creerse ejecutores de un destino. Y en verdad cumplen una misión dentro de la evolución de la música. Porque en música todas las épocas han sido de transición —si bien, desde luego, pueden identificarse períodos más o menos largos de características propias— en el estado de que, como hecho cultural, sigue inevitablemente el devenir del hombre, siempre cambiante por ser perfectible. Ninguna época es autónoma, y todas han ido y van edificándose sobre las que las preceden, en una interminable concatenación de técnicas y recursos que sólo mantienen intocable, como común denominador, la esencia de la música, los principios inamovibles de su concepto, fuera de los cuales no existe como tal. Los que miran hacia atrás van cerrando capítulos; los que apuntan al futuro van sembrando semillas, que germinarán o no, pero ambos, no pudiendo sustraerse a la verdad del mundo que habitan, hacen historia pues los creadores de mañana no podrán ya prescindir de lo que hoy se escribe. De la mañana de creadores y creaciones surgirá así un estilo, que individualizará a los que habían acertado el camino y descartará a quienes fueron simplemente "moda", o tan sólo hojarasca.

Desde hace varias veintenas de años, el mundo sonoro se ha ido ensanchando y el hombre, que después de conquistar la tierra, el mar y el aire, piensa conquistar los espacios siderales haciendo escala en la Luna, ha procurado volcar al pentagrama todos los matices de aquel mundo, con sus grandezas y sus miserias, y según se mire la cuestión, ha puesto en crisis el concepto de música. ¿Es preciso acaso reconsiderar este concepto? Porque una cosa es admitir, como lo admitimos sin vacilaciones, la inesorable evolución del pensamiento musical, y otra aceptar, a lo cual nos negamos, la ausencia de belleza como norma casi permanente y definitiva en la construcción, en aras al total aprovechamiento de la materia sonora a nuestro alcance.

No debe perderse de vista que la música, ligada por lazos fraternos a las demás artes, debe, como éstas, cumplir su misión trascendente de

encantamiento, de abandono emocional. Es lo que en pintura, por ejemplo, permite distinguir la obra de arte de la decoración. La música —repetimos— es un fenómeno cultural, del hombre para el hombre, y debe someterse, aunque lo haga sin advertirlo el mismo creador, a la dimensión del hombre.

Por eso nos preocupa la perspectiva del desplazamiento de la tonalidad, sistema substancialmente fundado en hechos naturales, y que, aún plagado de alteraciones, sirve de columna vertebral a composiciones, donde el conflicto encuentra solución, donde el movimiento encuentra reposo, lográndose así el perfeccionamiento del pensamiento musical. Es que a pesar de que la idea contenida en una obra no se agote con ésta, por integrar el devenir emocional del creador, al objetivarse tiene que hacer un alto en el camino, para que cobre sentido aquella y tanto autor como oyente carguen sus baterías.